

municaciones con Strasburgo, los prusianos anuncian que acaban de sitiar esta ciudad, la hermosa, la poética capital de Alsacia, la patria de Guttenberg, la que refleja en el Rhin la aguja de su catedral gótica, tantas veces cantada por la poesía moderna; esa ciudad, que ha enviado á la literatura de su nacion la gran falange de escritores, sóbrios, sencillos, profundos, que reunen á la elegancia francesa la solidez germánica. Me parece ver al

ilustre solitario de Veytaux, el gran Quinet, proscripto del derecho, proscripto de la República, maldiciendo con su elocuencia arrebatadora el segundo Imperio que ha vuelto á traer sobre la patria la ignominia de una segunda irrupcion del Norte. Al iros, proscriptos ilustres, os llevásteis con vosotros el genio francés que sólo volverá á resplandecer en el mundo cuando se reedifique su altar, cuando se reedifique la República.

## CAPITULO XXXV.

### DESASTRES.

*Dia 16 de Agosto.*

Hoy se halla la atencion concentrada en la futura batalla. De ella depende la suerte de Europa. Las noticias todas convienen ya en que Napoleon, admirablemente colocado para la defensiva, espera en el Mosela, apoyándose sobre Metz, Nancy y Thionville, un fuerte ataque de los prusianos que le permita una batalla decisiva y gloriosa. Está visto: el César, que se proponia ir de marcha en marcha y de victoria en victoria hasta Berlin, se halla á la defensiva en la fortísima plaza de Metz. La ciencia militar enseña que nada es tan difícil como una batalla defensiva. Y cuando los condenados á esa actitud son los nerviosos, los movibles, los impetuosísimos franceses, suben de punto las dificultades, y rayan en lo imposible. Cuatro batallas defensivas empeñó Napoleon el Grande en toda su vida. Una fué de efectos deplorables. Se necesita apoyar formidablemente los flancos; dejar al enemigo un solo punto de desemboque; tener terreno á un tiempo fuerte para guarecerse y despejado para observar todos los movimien-

tos contrarios; convertir cuando sea preciso la defensiva en ofensiva, y escoger tan admirablemente su defensa que no pueda ser burlado, doblado y envuelto el ejército en círculos de fuego, en oleadas de hombres. Los tácticos dicen que la línea del Mosela es buena; pero muy preferible á ella la línea del Mosa que llamaria más abajo los ejércitos alemanes y permitiria, con un heróico arranque, estrellarlos contra el Mosela y las grandes fortalezas que allí tiene la nacion francesa.

Pero Napoleon no se atreve á esta manobra. Al interés de su dinastía sacrifica como siempre el interés de Francia. ¿Qué dirán los áticos parisienses si ven nuevos retrocesos, nuevos abandonos de líneas, mayor proximidad á la capital? ¿No se creerán perdidos? Y en su desaliento ¿no se volverán airados contra el Imperio?

El segundo Imperio puede presentar á Francia en su testamento la ruina de la democracia, la perversion de los ánimos, el abatimiento de las inteligencias, el eclipse de



las letras; una Hacienda en ruinas, un ejército en fuga, Wisemburgo tomado, Strasburgo sitiado, la batalla de Woerth y la batalla de Forbach perdidas, la frontera abandonada al enemigo, la honra francesa en el polvo, la independencia amenazada; su influjo en Europa disminuido: terrible, pero justa venganza de la libertad; terrible, pero justo castigo de la Providencia.

Está visto: en la guerra no es tan difícil vencer como aprovecharse de la victoria. Los prusianos tenían roto el cuerpo de ejército mandado por Mac-Mahon, gracias al ardimiento del príncipe heredero; y roto el cuerpo de ejército mandado por Frossard, gracias al ardimiento del príncipe Carlos. ¿Por qué no han acudido á desbaratar el centro, el cuerpo de ejército acampado delante de Metz, que á la sazón mandaba Bonaparte? Estos rasgos de audacia tienen siempre el mérito de acortar la guerra y decidir pronto la victoria. Desorganizando, destruyendo tres cuerpos de ejército en tres batallas consecutivas, hubiera Prusia llegado á una capitulación, y de la capitulación á la paz. Los prusianos han cometido en 1870 las mismas faltas cometidas por sus predecesores en 1792 y 1793. Cuando Wisemburgo acababa de caer en sus manos, y Mac-Mahon volvía despavorido, y Frossard dejaba su ejército en Forbach; y el Emperador pedía socorro desde los Castillos de Metz, era el momento oportuno de intentar el golpe de gracia sobre un ejército vencido, desmoralizado, presa de esos arrebatos de pánico, que en el ánimo de franceses suceden con la celeridad del relámpago á los arrebatos del valor y á la embriaguez de la guerra.

Felipe II ganó la batalla de San Quintin, y se detuvo, cuando en tres días de marcha hubiera podido apoderarse de París. Así el duque de Guisa reorganizó el ejército francés. Igual falta volvimos á cometer los españoles en 1636, falta purgada tristemente en aquella fatal campaña, donde perdió Espa-

ña su predominio, hasta entonces indisputable, sobre todas las naciones de Europa. ¿No habrá cometido el rey Guillermo el mismo error que cometió en 1854 el ejército francés, desaprovechando la victoria de Alma y no cayendo sobre Sebastopol consternado y moralmente vencido? El éxito de la guerra dirá si es hora todavía de reparar este error.

Mazzini ha sido preso. Siento que el grande hombre, cuya alma personifica el génio de Italia, haya caído en manos del gobierno. La prisión de Mazzini es una desgracia de todos los republicanos en Europa. Cuarenta años hace que la Santa Alianza le perseguía, servida por sus esbirros los reyecillos italianos, y no pudo apresarlos. Estaba reservada hazaña semejante á esa Italia independiente y una, cuya alma forjó él en su pensamiento y vació en la conciencia popular con el bronce hirviente de su inmortal palabra. Italia independiente, Italia una, Italia libre, eran utopías para el mundo, hasta que ese gran Sacerdote de la libertad, las mostró en sus elocuentísimas arengas, las divulgó, organizando sociedades secretas en todo el suelo italiano, las presentó fascinadoras á los ojos de Europa, y logró que las adoraran hasta los reyes, que las sirvieran hasta los ejércitos; y que por esas utopías pelearan legiones de héroes y murieran legiones de mártires, convirtiendo su increíble realización en el milagro de nuestro siglo: que también la libertad ha resucitado á su Lázaro. Fatalidad grande que Mazzini esté en Gaeta prisionero cuando la República va á levantarse en Roma y en París.

Pero absorbido por estas ideas, me había olvidado de la diplomacia. Ya comienza la intervención de las grandes potencias en la guerra. Lord Grandville recibe enviados de Italia, de Austria; habla con el embajador de Francia, y dirige mensajes al rey de Prusia. Mas en la presente ocasión parece-me difícil un arreglo. Francia no puede

consentir todavía en su humillación. Cree imposible su derrota. Está vencida; pero no está resignada la nación francesa. Bazaine cercado se le figura todavía un vencedor. Mac-Mahon, roto, deshecho, arrojado sobre Chalons con los restos de su ejército

disperso, brilla á sus ojos como una esperanza. Aun imagina que combinaciones hábilmente concertadas, lograrán una inteligencia entre el ejército de Metz y el ejército de Chalons, los cuales podrán aplastar el ejército prusiano.